

Bizkaia

Francisco Javier Gómez Juan

PREÁMBULO

Según reza en el libro de familia de mis padres, nací tal día como el 28 de mayo de 1947, y se me puso por nombre Francisco Javier Gómez Juan, hijo de Francisco y Teresa, y nacido en la Calle del Sol N º25 del barrio de San Lázaro.

Tengo que hacer constar que nací en el seno de una familia sumamente humilde y con una particularidad añadida, la de que mi padre era sordomudo y de profesión limpiabotas, y claro, mi madre se dedicaba a las labores propias de una sencilla ama de casa.

Cuando yo tenía poco más de tres años muere mi madre, y tanto mi padre como yo somos acogidos por uno de los hermanos de mi padre en su casa.

Hay que decir que ambos vivimos con mis tíos hasta el momento en el que yo me hice mayor (veintidós años) y ante la falta de trabajo en Zamora y mis circunstancias personales, emigré a otras tierras para hacer una vida nueva en la que también hay que incluir mi matrimonio.

Quiero hacer notar que las poesías que acompañan a este relato, como se puede ver en ellas y en su lectura, exponen sentimientos y vivencias propias que he tenido a lo largo de los años, en mi ciudad natal y lejos de ella.

FUERA DE MI TIERRA

Veinticinco años hace ya
Que mi tierra dejé
Y de mi Castilla marché

Parece que fue ayer
Cuando al Norte llegué
Y en él una familia creé

Aunque el tiempo ha pasado,
Nunca te he olvidado y
Año tras año tus tierras he pisado
Veinticinco años, una eternidad

Los años vendrán, año tras año
Verano tras verano
Mis pies en mi tierra zamorana pondré
En ella, veré el cielo azul
Y las estrellas por doquier

Verano de 1994

SALIDA DE ZAMORA Y LLEGADA A VIZCAYA

Habiendo hecho una síntesis de mis señas de identidad como ciudadano de Zamora, es el momento de pasar, en primer lugar, a hacer un relato más o menos detallado de cómo fue la salida de mi tierra y la llegada a la nueva, en la cual resido desde entonces, haciendo la friolera de nada menos que treinta y seis años, que en verdad, ya son años a la espalda, con sus pros y sus contras.

Habían pasado veintidós años en mi vida. Tenía el servicio militar hecho, era el momento de buscar un trabajo.

Después de alguna cosilla en Zamora, y ante la imposibilidad de encontrar trabajo, un día, que no se me olvidará mientras viva, el tío del cual dependía (como he expuesto en el prólogo), me llamó y me dijo, más o menos con estas palabras: “Paco, hasta ahora has estado en casa, hasta este momento me he hecho cargo de tu padre y de ti. He hablado con Agustín, un familiar de tu tía, al que ya conoces, y hemos quedado en que te lleva con él a trabajar a Bilbao, en la empresa en la que él trabaja haciendo montajes. Cuando él marche de vacaciones a finales de agosto, te irás en el tren, y en adelante dependerás de ti mismo. Yo sigo haciéndome cargo de tu padre hasta que te asientes y te cases, luego, te lo llevas a vivir con vosotros”.

Tengo que decir que aquellas palabras fueron duras, y sobre todo sorprendentes en aquellos momentos, aunque analizadas hoy en día, son lógicas (y más si encontrar trabajo en Zamora era difícil, al igual que hoy en día).

La salida más normal o razonable para todos nosotros, tanto si fueses del pueblo como de la ciudad, era emigrar a otros lugares donde había industria

y por lo tanto se generaba trabajo y había inversión económica, algo que en Castilla no se producía, y claro, no procede entrar a discernir ahora y en estas líneas cuáles son las causas o motivos.

De todas formas, hay que admitir, con letras grandes, que es una enfermedad endémica de la tierra, por la cual generación tras generación se ven avocadas a salir al País Vasco, Cataluña, Madrid, Europa, etc.

Esto produjo algo muy fuerte... algo muy duro... es igual la expresión que queramos emplear. Se rompía de un plumazo todo, se dejaba a la familia y aquello con lo que habías crecido: pueblo, ciudad, amigos, costumbres, etc. Empezabas de golpe y porrazo una nueva vida, digamos que cambiaba sin saber cómo se iba a realizar tu futuro en adelante.

Realmente, hay que vivirlo dentro de uno, y más en mis circunstancias personales, que no procede ahora hacer comentario alguno, pero como es lógico pensar, sirven para formar a uno; y claro, yo no iba a ser menos.

Y llegó el día de mi marcha, de mi nuevo y definitivo cambio de vida, algo que no podía figurarme, y menos a mis veintidós años. Yo solo, subiendo a un tren por la mañana, con rumbo a lo desconocido, ante una vida nueva, gente, ciudad...cosas y más cosas, todas ellas por conocer. Habiendo hecho un alto en Vitoria para estar con unos familiares de la persona con la cual iba a trabajar, al día siguiente, a media tarde, tomé un autobús que me habría de llevar hasta la capital de Vizcaya: Bilbao.

Una hora más tarde entraba en la ciudad. Tengo guardada aquella imagen desde los cristales del autobús: aunque era a finales de agosto, y yo había dejado mi tierra radiante de sol, en Bilbao, al entrar por la plaza del Ayuntamiento, el día estaba nublado, y todo resultó aún más oscuro y triste.

Los edificios eran oscuros, motivado por el clima y por la contaminación de las fábricas, (según me comentaron más adelante).

Algo llamó mi atención poderosamente, y era, por supuesto, la presencia en la ría de unos barcos de pesca pequeños, pintados de vivos colores, que destacaban sobre el lugar, como queriendo dar un poco de colorido entre tanta oscuridad, ya que el agua, quizá de forma intencionada, con su suciedad hacía juego con el entorno.

El autobús siguió atravesando calles, hasta llegar a su destino final. Tomé un taxi, el cual me llevó hasta la dirección en donde yo viviría, que a su vez, allí se encontraba la familia de quien me había traído a trabajar a Bilbao.

PRIMER DÍA DE TRABAJO

Eran las siete de la mañana. El despertador sonó en mi primer día de trabajo. Mi primer día de enfrentamiento ante la vida, ante unos horarios, unas

normas, unos deberes... en fin, cosas inéditas para mí, y me figuro la cara de susto y de pardillo que tenía en esos instantes.

En ese momento comenzaba una vida nueva, caminando hacia una parada de autobús, acompañado de la persona que me llevaría al trabajo en un autobús urbano de color marrón, cuyo destino era el pueblo de Basauri. El trabajo estaba, concretamente, en la empresa Firestone, a la cual se le estaba instalando un depósito para la fabricación de los neumáticos de coches y camiones.

Pasado un breve tiempo, el autobús, en una de sus paradas, nos dejaba frente a la fábrica. Al bajarnos, algo llamó poderosamente mi atención: había que cumplir con un ritual, el cual, como es lógico, yo desconocía por completo, pero mi acompañante, y la inmensa mayoría de trabajadores de entonces conocían: Entramos en la bodeguilla o tasca de rigor, y como una costumbre, los trabajadores pedían su copa Garvey, Ferry, Mistela... lo que cuadrara. Se puede decir que, a esas horas, el estómago estaba vacío. Realmente, para mí, el hecho era novedoso, y como es lógico, a esa edad yo no había probado el alcohol, y menos en el ambiente en el que me educaron.

Realmente pensé que quizás esa copa les servía para tomar, digamos, ánimo ante el trabajo que les esperaba, pues he conocido trabajos muy duros y costosos.

Por supuesto, cumplido el ritual de esa copa para empezar el día, cumplimos otra norma: fichar en una máquina a la entrada del trabajo. Acto seguido, cruzamos el pabellón de la fábrica, llegando a nuestro puesto de trabajo. Agustín me presentó ante mis compañeros, y a continuación, me dirigí al “tajo”.

Hay que pensar que ante tal situación, yo no tenía ni idea de nada, me limitaba a observar lo que pasaba, y más cuando me encontraba subido, como los demás, entre andamios, y a unos quince metros de altura, más o menos. Vamos, que si te despistabas, corrías un peligro muy serio. Supongo que esa situación me tenía atemorizado.

Cómo transcurrió el día no tiene trascendencia, comimos en la empresa y posteriormente al trabajo, dando por hecho que continué con el mismo temor y con la misma sorpresa de estar en aquel lugar, con gente que no conocía, y empezando a trabajar por primera vez de forma seria, integrándome en el mundo laboral (que prácticamente no conocía).

Llegó la hora, una vez aseados, fichamos la salida, y acto seguido, tomamos el autobús de vuelta para casa, al barrio de Zurbarán. Los días se sucedían, y todo era similar: poco a poco tenía que integrarme en el trabajo y perder el miedo a la situación y a la altura.

FÁBRICA DE ECHEVARRÍA

Lo que menos podía figurarme yo en aquellos momentos era un cambio de trabajo, y claro, implícitamente, un cambio de empresa, cuando todavía estaba, como quien dice, “tomando tierra”.

Habían transcurrido poco más de dos semanas cuando me llamaron de Zamora, solicitando que me presentara ante cierta persona de una empresa conocida popularmente en Vizcaya como Echevarría. Dicha empresa se dedicaba a la fabricación de aceros y laminación.

Tal y como me pidieron, me presenté ante esta persona, que resultó ser uno de los médicos de la empresa. Éste me expuso que gracias a su mediación, tenía un nuevo puesto en la fábrica para que entrase a trabajar.

Estaba claro que, de nuevo, se me presentaba una situación inesperada, cuando apenas habían pasado veinte días trabajando. Eran demasiados acontecimientos para un joven de veintidós años que sale de su tierra para enfrentarse a su futuro.

Verdaderamente fue algo inesperado, primero el tipo de la empresa, fabricación de acero, laminados, etc. En definitiva, una empresa de las grandes, con unos 2.500 trabajadores.

Esto supuso conocer nuevas gentes, encargados, técnicos... trabajo muy duro, como son estas fábricas, con métodos de trabajo rudos: el hombre lo hace casi todo, pues la tecnología no se había incorporado aún. Todo era sudar y sudar, desde que se entraba hasta que se salía.

Por si era poco duro, había tres turnos, algo que implicaba comer, dormir y trabajar cada semana a horas distintas. Vamos, un bonito cambio en mi vida...

Durante los años que estuve en la fábrica, digamos que pasó de todo. Lo primero es que había una norma en la empresa: lo primero que había que hacer era entrar a un departamento sumamente tóxico, que a su vez, hacía de comodín de mano de obra para otras secciones, por lo que siempre que faltaba personal, recurrían a nosotros; con lo cual, los últimos que entraban a trabajar en la fábrica eran los que tenían que andar de un lado para otro. Esto quiere decir que casi terminé por conocer la fábrica entera, sobre todo los trenes de laminación, en los que a veces se permanecía un tiempo, pero se volvía al puesto original.

Digamos que no siempre, pero sí mucho tiempo, me lo pasé de esta manera, aunque tuve algunos momentos buenos, dentro de la dureza, claro está.

Añadamos a todo esto, que en la empresa tuve que pasar por sufrir la experiencia de la crisis del acero, y a su vez, por la construcción de una nueva fábrica a las afueras de la ciudad, a la que nos llevaban diariamente a trabajar

en las nuevas instalaciones mientras no había trabajo para todos (debido a la disminución drástica de los pedidos).

Esta situación duró un largo período. Terminé trabajando en la nueva fábrica, pero, cuando pensaba que tenía un puesto seguro en ella, de nuevo me reclamaron para la antigua.

Volvieron los problemas, esta vez agravados con la aparición de una úlcera de duodeno y lumbalgias, con lo cual todo era aún más complicado.

A lo largo de estos años, sucedieron otros hechos paralelos en mi vida. Tuve dos, bueno... digamos tres, cambios de patrona. Una de ellas, puedo decir que si me descuido casi "las palmo": Quería ganar tanto dinero que me daba sopas de pan todas las noches (para aprovechar el que sobra), un huevo frito, media manzana y una docena de uvas gordas. Esto trajo consigo una desnutrición que superé gracias al médico de la empresa.

Cambié de patrona, y ésta era el polo opuesto: No tanta limpieza, pero sí abundancia de comida, lo cual era básico para mi trabajo, y gracias a ella, superé esa situación tan mala.

También sucedió algo que cambió mi vida para siempre. Viendo que mi trabajo no peligraba en lo que a estabilidad se refiere, tomé la decisión de casarme con la que ya antes de salir de Zamora era mi novia. Aunque tuvimos que hablar la decisión con su familia debido a nuestra corta edad (23 y 21 años); y también porque ella acababa de terminar la carrera de magisterio, al final lo conseguimos. Nos casamos un ocho de junio, en la Ermita del Carmen, Zamora.

Comenzaba una vida nueva: el matrimonio, los hijos que llegaron cuando llevábamos un año de casados (con lo cual tuvimos que aprender la asignatura de ser padres), y a su vez, trabajar ambos, pues mi esposa comenzó al año siguiente en un colegio.

Por supuesto, como expongo al comienzo de este relato, existía mi padre, y por lo tanto, lo trajimos a vivir con nosotros; como habíamos pactado con su hermano.

NUEVO CAMBIO DE EMPRESA

Definitivamente, la salud no me favorecía en mi trabajo, y cambié de empresa. Al poco tiempo, encontré otro empleo muy opuesto al que había tenido: Era un taller de fabricación de piezas para motos y automóviles, algo que desconocía por completo, así que de nuevo tuve que aprender y a su vez familiarizarme con nuevas personas y nuevos mandos.

La fatalidad, sin quererlo, se hizo presente. Cuando llevaba más o menos tres meses en el nuevo trabajo, un percance fortuito causó un accidente que

hizo que perdiera por completo la visión de mi ojo derecho para siempre, algo que me produjo un trauma muy duro a mí y a mi familia.

Desde ese momento, quedaba disminuido. Pasado un largo tiempo en el que estuve recuperándome, me reincorporé de nuevo al taller, pues la empresa me reubicó en un nuevo puesto dentro de la cadena de producción.

Dos años más tarde, esta empresa se asocia con otra para hacer frente a los nuevos tiempos y a las nuevas tecnologías, y se construye una nueva nave en un polígono industrial de un pueblo de las afueras de Bilbao.

Esto ocasiona nuevos cambios, una vez más. Había que llevar el coche al trabajo por carreteras muy peligrosas. Lluvias, nieblas muy cerradas, heladas, etc.

A ello hay que añadir que la empresa se instaló en una parte muy fría de Vizcaya, aunque suene raro comparado con mi tierra. De hecho, en invierno, casi a diario se trabajaba a menos cinco grados de temperatura, como mucho. Por otra parte, la humedad de la zona máquinas y tornos hacía el trabajo aún más desagradable.

Mes tras mes, año tras año...todo siguió más o menos normal. La vida familiar “a tope”, y mi salud empeoraba por temporadas, pues el frío y la humedad del invierno me afectaban mucho.

CRISIS DEL AUTOMÓVIL Y CAMBIO DE TRABAJO

Sí, por qué no, quizás pueda decirse que forman parte de mi vida los cambios y las nuevas experiencias.

En la anterior empresa me tocó vivir la crisis del acero, y en la nueva tenía que vivir la del automóvil. Varias secciones del taller se vieron sin trabajo por falta de pedidos, y esto hizo que durante un largo periodo parte del personal nos pasáramos el tiempo en el comedor, sin trabajar, sólo pasando el tiempo y con el salario algo disminuido.

Viendo que la situación se alargaba, se pudo negociar con la empresa una solución y ver la posible salida. Se ofrecieron ciertas cantidades para el que quisiera marcharse, si bien dichas cantidades no animaban a ello. De nuevo, se negociaron unas nuevas que sí estimulaban a los trabajadores.

Inesperadamente, mi vida da un cambio de 180 grados, tanto cambia, que repercute en la vida de mi familia y en mi salud.

Ante la situación por la que estaba pasando, un día, cierta persona conocida nos comenta que en la Universidad del País Vasco han salido unas cuantas plazas. Había que aprovechar la ocasión, además, podía salir bien: Sacar la plaza y tomar el dinero de la empresa.

Todo salió bien, conseguí una plaza y cobré el dinero, algo que le vino bien a mi familia, formada en esos momentos por mis cinco hijos, mi mujer y yo.

La empresa no se enteró hasta que cobré el talón y tuve mi puesto en la Universidad.

Cambiaba mi vida para siempre. Era otro mundo, otro trato con las personas, otras relaciones, otro respeto al que no estaba acostumbrado.

Todavía fue más sorprendente cuando vi que tenía, y tengo, el trabajo a no más de diez minutos de mi domicilio.

Verdaderamente, era tanto el cambio que no me lo creía, pues hasta mi salud se vio mejorada, aunque las secuelas de lo pasado quedaron ahí para no olvidar lo vivido: espalda estropeada y vista gravemente afectada.

Tengo que recalcar que, aunque también he tenido algún tiempo duro en la Universidad, es otro mundo si lo comparamos con el trabajo que realicé en las otras empresas.

Pasados unos años, después de tener a mis cinco hijos, llegaron otras dos niñas que incrementarían la familia. La última no gozaba de buena salud, así que me vi obligado a trabajar también por las tardes. Aunque pueda parecer una simpleza, esto hizo que me viera privado de hacer y de ver muchas cosas que la mayoría de las personas pueden realizar, como acudir al cine, al teatro, a conferencias, reuniones, pasear con mi esposa, etc.

Si a esto le añadimos que mi esposa trabajaba y que sólo la veía por la mañana y por la noche, quizás se pueda apreciar que la cosa tiene miga, pues la relación familiar y la vida en general se hacen más difíciles, pero por otra parte, yo me digo: “¿es fácil la vida? ¿ha sido fácil la mía hasta ahora?”

NO SOY DE AQUÍ NI SOY DE ALLÁ

No soy de aquí ni soy de allá
Acaso soy de algún lugar

El tiempo ha pasado
Los años sobre mis espaldas
Se han posado

Mi juventud en Castilla y León
Mi madurez en Vizcaya
De entonces acá, diez lustros
Largos han pasado
Cuántos ratos buenos
Cuántos amargos

Cuántos recuerdos y sensaciones
Se han sumado en mis entrañas

Cómo olvidar el lugar donde nací,
Aquella plaza donde jugué,
Aquellas calles donde
Día a día crecí

Cómo olvidar a mi tierra,
Sus plazas y sus calles y sus gentes.
Cómo olvidar donde mi amor encontré
Y en la ermita del Carmen
Con ella me casé

Está claro que nací castellano y leonés
Como lo es que me he de morir siéndolo
No sé ni cómo, ni cuándo ni dónde
Pero hasta ese momento,
A pesar de sentir que llevo dentro,
Nadie me podrá quitar
Lo que en mi corazón siento

Algo percibo en mí
Algo se mueve dentro
Muy dentro, lo vivido, lo siento

Para mí, ella es mi tierra,
Con su catedral y su Duero,
Con su cementerio y sus muertos
A los que la vida les debo

¡Ay! Mi Zamora querida
¡Ay! Mi Castilla-León del alma
Cuando en ella mis pies descansan
Se sienten forasteros
Y aquellos años vividos en tus calles
En tus plazas, sólo quedan como un recuerdo
Tus gentes no me conocen
Yo a ellas, casi tampoco

Siento que siendo zamorano
Siendo castellano leonés
En mi tierra me ven forastero
Como uno que no es de ellos

De ella tuve que salir
Para labrar mi porvenir
Después de los años,
Todo ello conseguí
Familia, amigos y trabajo
Todo ello en el País Vasco

Los años han pasado
Y una pregunta me hago
¿De dónde soy, de Castilla y León o del País Vasco?
En la primera me ven como a un extraño
Y en el País Vasco...

Dura pregunta y amarga,
¿De dónde soy?
¿De aquí o de allá?
Quizás de ningún lugar.
Qué difícil se me hace,
Qué difícil, llevar dentro ese pesar.

21-10-1998

EPÍLOGO

Como epílogo a lo expuesto en todo lo que precede a mi vida, fuera del terruño donde vine a este mundo, no he hecho mención alguna a mi relación con mi tierra.

Intencionadamente, para hacer ver cómo me he mantenido unido a mis orígenes, he dedicado un apartado distinto, al que hago referencia a continuación:

Comenzaré diciendo que en los 36 años que llevo en estas tierras, a las cuales les tengo mucho aprecio por todo lo que he conseguido en ellas, sólo ha habido un año en el que no haya visitado Zamora en mis vacaciones, debido al nacimiento de uno de mis hijos en el mes de agosto.

Creo que esto es ya de por sí un dato muy significativo. Los primeros años se pasaron en la capital. Posteriormente, y ya con cinco hijos pequeños, en el pueblo de Perilla de Castro un familiar nos consiguió una casita; y año

tras año veraneamos allí toda la familia. Esta casa era muy vieja, y con mucho esfuerzo y sacrificio hemos conseguido tener una bonita vivienda.

VIAJES A LA TIERRA

Mención especial se merecen los viajes, el cómo íbamos a Zamora. Me gustaría explicar cómo eran, con aquellos coches y carreteras.

Viajar en ciertas fechas, como Semana Santa y vacaciones de verano, solía traducirse 6 u 8 horas, por lo general.

Toparnos con los embotellamientos de Burgos, Magaz, Tordesillas... era lo más común. Todo esto, con un 850¹: Baca llena, cinco niños dentro, el coche a tope de bultos y el calor de Castilla en verano.

Más tarde, fueron R-12² familiares, pues se necesitaba más espacio, ya que los hijos crecían.

Qué decir de más de un calentón de coche por los atascos y el tiempo parados, y toda la familia soportando la situación. Por ello, cuando preparábamos la marcha, sólo queríamos llegar sin contratiempos. Eso sí, a pesar de la carretera, todos estamos bien.

Creo que queda, o puede quedar, muy claro mi unión con La Tierra, y puede quedar aún más claro con lo que relataré acto seguido a modo de cierre.

CENTRO REGIONAL

Hace unos 14 años, por ciertas circunstancias, me acerqué a un Centro Regional próximo a mi domicilio. Este hecho hizo reavivar mis sentimientos por la tierra, la familia y el trabajo.

Al poco tiempo ya estaba en la Junta de la Sociedad, y hace ya siete años que me convertí en el presidente de la misma.

Espero que esto sirva para hacer ver una vez más mi unión con mis orígenes, y cómo desde fuera de ella, sin esperarlo, trabajo en una sociedad castellano-leonesa.

He de decir que estoy orgulloso de haber ido con los grupos de la sociedad a mi tierra, y de demostrar que aunque soy un miembro más de todos aquellos que emigramos y que, desgraciadamente, sigue pasando en la actualidad, si bien es otro momento y otra economía, pero los jóvenes, como dije

¹ El autor se refiere al coche Seat 850, muy común en España en los años 70 y comienzo de los 80 (N.E.).

² El coche ahora es el Renault 12 (N.E.).

anteriormente, se marchan generación tras generación. Los pueblos se quedan vacíos, y el tiempo no arregla nada. Lo que quiero decir es que no es bueno emigrar, ya que se pierde el mejor patrimonio: las personas. Pierdes gente preparada que regalará sus conocimientos a otros lugares, y no importa dónde nacieron, crecieron, se formaron... a pesar de que la sociedad está estructurada de otra manera, se van.

Esta es mi vida desde que dejé Zamora, contada a grandes rasgos. No es nada del otro mundo, pero es ella: con sus pros y sus contras.

Por supuesto, sin rencores a mi tierra, pero veo que sigue sucediendo lo mismo que me ocurrió a mí hace la friolera de 36 años... ¡que ya son años!

DEJARON SUS TIERRAS

Y salieron de sus tierras
Y dejaron aquellas donde les parieron
Aquellas donde aprendieron sus primeras letras,
Aquellas en que ellas y ellos crecieron
Acá o allá, en esta piel de toro
De esta, mi tierra, de esta, mi España

Tenían la edad de trabajar
Pero los recursos eran pocos
Allí donde nacieron,
No, no había para tantos manos
Ni en el campo ni en la ciudad,
Había que marchar, había que emigrar.

De la húmeda Galicia,
De la sobria y ruda Castilla
De Extremadura y La Mancha
Y cómo no, de la blanca
Y soleada Andalucía
De ciudades y pueblos
Muchas personas dejaron sus tierras,
Dejaron su familia y sus hogares,
Salieron a buscarse el pan,
Salieron con temor y susto en el semblante,
Sí, salieron con las manos por delante
Para sin arrugarse labrarse su porvenir

Se fueron, sí, se fueron de su terruño
Se fueron los gallegos, castellanos,
Extremeños, manchegos y andaluces,
Se marcharon a Madrid, Cataluña,
País Vasco y hasta fuera de España.
Llegaban con la maleta y lo puesto
Y de dinero ¡ea! lo justo,
Salieron a trabajar en lo que fuese
Supieron lo que era el manganeso
Carbono, cromo, níquel y vanadio
Con el que se hacía el acero
Y sudaron y sufrieron
Con sus manos y sus riñones doblados
Y conocieron el asfixiante calor
De los hornos de fundición
Y conocieron los calores y los fríos
Subidos en los andamios,
Y construyeron edificios y más edificios
Se hicieron grandes los pueblos
Crecieron las ciudades, crecieron,
Con su presencia crearon familias
Y engrandecieron la tierra
En la que curtieron sus manos
Y doblegaron sus espaldas
Al toque de las sirenas de las fábricas

Se fueron los emigrantes
Se marcharon a otras tierras,
Pero pasados los años
No se olvidan de sus raíces
No se olvidan de sus tradiciones y costumbres.
De vez en cuando regresan,
Regresan a ver a sus pueblos, sus ciudades
Vuelven para pastar por sus calles,
Regresan a ver los castaños, los alcornosques,
Las espigas, los olivos, y los molinos.
Vuelven a sus orígenes
Para ver sus pueblos blancos,
Sus pueblos ocre, su arroyo,
Su Miño, su Duero, su Guadalquivir.

Quizás, habiendo transcurrido los años
Se sientan olvidados,
Se sientan de acá como de allá
Y llegado el caso,

Puede que ni lo uno ni lo otro.
Lo que no han olvidado,
Es que fueron emigrantes,
Castellanos, gallegos, extremeños,
Manchegos y andaluces...
Y que eso sí, engrandecieron las tierras
Donde trabajaron, donde sudaron
Y doblaron sus espaldas, en las minas,
En los barcos, en los telares,
En las fundiciones,
En centenares de empresas,
En centenares de fábricas.

18-05-2005